

SOPA DE LIBROS

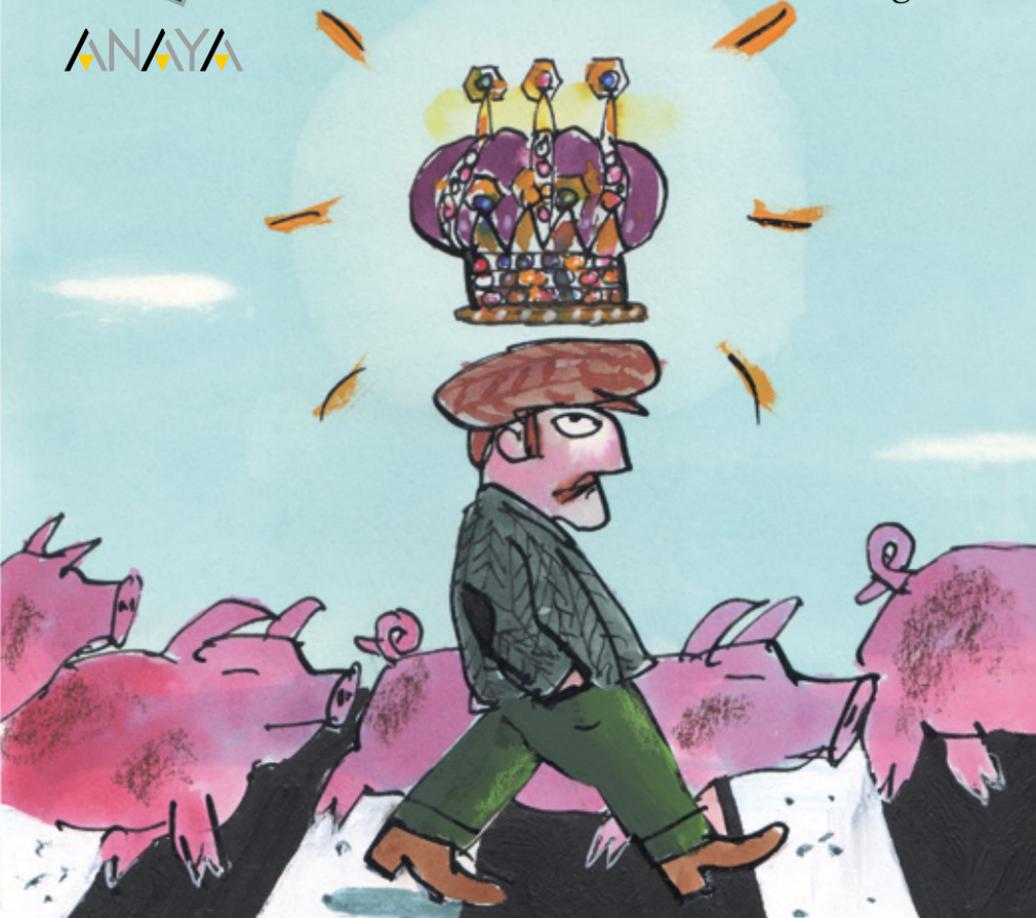
Rafael Salmerón

De cómo el señor Peabody llegó a ser rey de Inglaterra

Ilustraciones de Emilio Urberuaga



ANAYA



*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Rafael Salmerón, 2023
© De las ilustraciones: Emilio Urburuaga, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Primera edición, febrero 2023

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-143-3486-7
Depósito legal: M-29382-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SOPA DE LIBROS

Rafael Salmerón

De cómo el señor Peabody llegó a ser rey de Inglaterra

ANAYA

Ilustraciones
de Emilio Urberuaga



Para Luchi.

*El señor Peabody no existiría
si no fuese por ti.*

CAPÍTULO I

Como cada mañana, el despertador del señor Peabody sonó a las cinco en punto. Sí, sí, ya lo sé, esas no son horas; pero cuando uno es granjero, y ese era el caso del señor Peabody, hay que levantarse antes de que salga el sol. Hay que dar de comer a los cerdos, a las gallinas, a los patos y a los conejos. Y hay que ordeñar las vacas. En este caso, a la vaca, porque el señor Peabody solo tenía una. Sarah Jessica Parker, se llamaba. Sí, también sé que es un nombre extraño, incluso ridículo, para una vaca. Sobre todo, teniendo en cuenta que ni la verdadera Sarah Jessica Parker guarda el menor parecido con una vaca ni el señor Peabody tenía la menor idea de quién era esa tal Sarah Jessica Parker. Añadir, para ilustrar a los más pequeños, que Sarah Jessica Parker es

una actriz que se hizo famosa por una conocida serie de televisión.

Pero volvamos a lo nuestro. En este caso al porqué del curioso nombre de la vaca. Lo que sucedía era que, a decir de todos, el señor Peabody no era especialmente inteligente. Bueno, seamos sinceros, a decir de todos, el señor Peabody era un zoquete, un merluzo, un melón, un memo, un berzotas, un idiota, un tonto del bote, un cabeza hueca y otro montón de cosas que repetían, a la menor oportunidad, todos los habitantes del pueblo. Y lo que sucedió fue que, cuando el señor Peabody se dirigía de vuelta a casa, después de comprar su única vaca en el mercado de ganado, dudaba y dudaba acerca del nombre que debería ponerle a su recién adquirida posesión. Entonces, mientras caminaba sujetando la cuerda que la vaca llevaba atada al cuello, se fijó en un cartel medio arrancado que había en un poste, a un lado del camino. En dicho cartel podía leerse: «...ex... en ...ueva ...ork... La pelíc... Sarah Jessica Parker...». Y el caso es que, después de leer aquel nombre, al señor Peabody se le acabaron las preocupaciones. La vaca ya tenía nombre:

Sarah Jessica Parker. Le parecía un nombre como cualquier otro. Y aquel cartel medio roto le había ahorrado tener que pensar más en el asunto del nombre. Así que, dicho y hecho: la vaca se llamó Sarah Jessica Parker.

Por supuesto, a todos los habitantes del pueblo aquello les pareció tremendamente ridículo, estúpido e inapropiado. Lo que, por otra parte, a nadie extrañó. Ya que todos opinaban que el señor Peabody era un zoquete, un merluzo, un melón, un memo, un berzotas, un idiota, un tonto del bote, un cabeza hueca y otro montón de cosas, no muy agradables, que decían de él a la menor oportunidad.

Eso sí, a pesar de que en el pueblo todos opinaban que el señor Peabody era un zoquete, un merluzo, un melón, un memo, un berzotas, un idiota, un tonto del bote, un cabeza hueca y otro montón de cosas más, estaban todos también de acuerdo en que el granjero era un hombre bueno y honesto, trabajador y formal. Aunque, y eso también hay que decirlo, parecía tener un don natural para meter la pata. Sobre todo, cuando se trataba de asuntos más allá de su quehacer diario; es decir, dar de

comer a cerdos, gallinas, patos y conejos, ordeñar a Sarah Jessica Parker y otras cosas propias del oficio de granjero.

Pero, después de esta pequeña disertación acerca de las virtudes y los defectos del señor Peabody, volvamos de nuevo al principio.

Como ya se ha dicho, el despertador del señor Peabody sonó a las cinco de la mañana. El granjero se levantó de la cama frotándose los ojos. A tientas buscó las zapatillas y, también a tientas, se puso la bata. Después, como hacía cada mañana, se encaminó a la cocina, a tomar una taza de té y una tostada con mantequilla y mermelada de mora.

El señor Peabody se sentó en la mesa de la cocina y, mirando por la ventana cómo el sol comenzaba a asomar sus primeros rayos detrás de las colinas, se tomó su té y su tostada.

El gallo cantó tres veces, con su voz cascada y un tanto desagradable. La señora Peabody le había dicho a su marido que había llegado el momento de jubilar a aquel viejo gallo ronco. Por supuesto, «jubilar» al gallo quería decir echarlo al puchero con unas patatas, unas zanahorias y unos nabos y hacer un buen caldo



con él. Pero el granjero había hecho oídos sordos. No porque tuviera en especial estima a aquel viejo gallo al que le empezaban a escasear las plumas, sino porque el señor Peabody era un hombre de costumbres. Se sentía absolutamente desconcertado ante los cambios. Pongamos un ejemplo: cuando el señor Culpepper se jubiló a la nada despreciable edad de ochenta y tres años, cerró su tienda de calcetines de pura lana virgen y se marchó a la isla de Mallorca a, en sus propias palabras, «disfrutar al sol de sus últimos años de juventud», el señor Peabody se negó a cambiarse de calcetines durante tres semanas. Y no porque fuera un hombre poco dado a la limpieza personal. Lo que ocurre es que, como es bien sabido, los calcetines tienen una peculiar tendencia a desaparecer en el trayecto que hay entre el cesto de la ropa sucia, la lavadora y el cajón de la ropa limpia. Y el señor Peabody no quería ni pensar en tener que ir a comprar calcetines al nuevo centro comercial que habían construido, no hacía mucho, en las afueras del pueblo. El simple hecho de tener que decidir qué nuevo modelo adquirir le ponía enfermo. Además, no había manera de

comprobar si aquellos calcetines del centro comercial eran de auténtica lana virgen ni si las ovejas que habían dado aquella lana procedían de alguna granja local o, tal vez, se habían criado en algún remoto país bárbaro; uno de esos países subdesarrollados donde prefieren el café al té, como Francia, Italia o Australia.

Así que imaginarse a sí mismo adaptándose a los volubles caprichos y horarios de un gallo nuevo le resultaba del todo intolerable. El viejo gallo ronco cantó una vez más, mientras el sol comenzaba a asomar su redondo rostro dorado.

El señor Peabody abrió el periódico local por la página de anuncios breves. Quería comprobar si había algo nuevo que suscitase su interés. Algo como una excepcional oferta de abono natural o un concurso de criadores de cerdos.

Comprobar los anuncios breves del periódico local era algo que hacía cada mañana. Lo cual, a ojos vista, resultaba de lo más improductivo, teniendo en cuenta que aquel periódico local era de publicación semanal, y que el ejemplar que tenía en sus manos el señor Peabody era el mismo que el del día anterior, y que el del día anterior al anterior. Pero, como creo que ya

ha debido de quedar claro, el señor Peabody no era un hombre que destacase por sus cualidades intelectuales.

—¿Sabes dónde están mis zapatillas y mi bata? —preguntó la señora Peabody, que ya se había despertado, desde el dormitorio.

—No. ¿Por qué habría de saberlo? —respondió él sin levantar la vista de las páginas del semanario—. Supongo que estarán en su sitio. Donde deben estar.

14

La señora Peabody gruñó durante un par de minutos antes de aparecer por la cocina vistiendo un ajado jersey de lana encima del camisón y calzando unas botas de agua amarillas.

El señor Peabody la miró detenidamente, de arriba abajo.

—¿Por qué te has puesto ese jersey viejo y mis botas de agua?

El rostro de la señora Peabody enrojeció, frunció las cejas y se mordió el labio inferior.

—¿Que por qué llevo puestos este estúpido jersey y estas estúpidas botas? —preguntó ella a su vez.

—Eso me gustaría saber —respondió el granjero.

—No sé, tal vez porque alguien se ha puesto mi bata y mis zapatillas.

—¿Y quién querría hacer tal cosa? —preguntó intrigado y sorprendido el señor Peabody.

La señora Peabody enrojeció aún más. Lo que, teniendo en cuenta su tono de piel habitual, era toda una proeza.

—¿Quizás algún granjero idiota que no anda muy lejos de aquí?

—¿Estás segura? Si es así, habría que avisar a las autoridades. Tiene que tratarse de algún trastornado para ir por ahí metiéndose en casas ajenas y robando batas y zapatillas de señora.

El rostro de la señora Peabody se puso de color morado.

—¿Y tienes alguna sospecha de quién pueda ser ese granjero criminal y demente? —añadió el granjero.

—Alguna sí que tengo.

—¿Sí? ¿Quién? ¿El señor Doomsbury? No, no puede ser él. Es viudo, ¿para qué iba a querer una bata y unas zapatillas de mujer? ¿Tal vez MacMurdo? Uhm... Tiene sentido. Es escocés. Y los escoceses siempre han tenido gustos

extraños en el vestir. Ya sabes, esas faldas tuyas y todo lo demás...

—Frío, frío.

—Ya, es cierto. Con esas faldas, y sin nada debajo, debe terminar uno cogiendo un buen resfriado.

La señora Peabody se cubrió el rostro con las manos y comenzó a menear la cabeza.

—¿Crees que deberíamos prevenir a la policía sobre MacMurdo? Si ha robado una vez, seguro que vuelve a hacerlo. Ya se sabe cómo son los criminales...

El señor Peabody dio un sorbo a su taza de té y se tomó un par de segundos más antes de continuar.

—... Insaciables.

La señora Peabody giró sobre sí misma y regresó al dormitorio.

—Me casé con el hombre más idiota de todo el condado —iba diciendo entre dientes mientras arrastraba torpemente los pies, enfundados en aquellas botas de agua amarillas.

El señor Peabody terminó su té y su tostada, dejó el periódico sobre la mesa y se dirigió al cuarto de baño. Como cada mañana después

de desayunar y leer los anuncios breves en el semanario local, se disponía a afeitarse y asearse, antes de vestirse y comenzar las tareas de la granja. Por el pasillo iba todavía pensando en el señor MacMurdo y en las terribles fechorías que estaría planeando para el futuro. También iba pensando que sentía los pies hinchados. Las zapatillas le apretaban mucho. Así que, tal vez, debería hacerle una visita al doctor Whitaker para que le recetase alguna pomada, o tal vez unos baños de sales.

El señor Peabody encendió la luz del cuarto de baño y contempló su reflejo en el espejo. Después se miró los pies.

Iba vestido con la bata de flores de su mujer y sus pies calzaban sus pequeñas zapatillas de color malva.



A partir de 10 años

El señor Peabody era un granjero criador de cerdos, y también un zoquete, un merluzo, un melón, un memo, un berzotas, un idiota, un tonto del bote, un cabeza hueca y otro montón de cosas igual de malas. Aun así, llegó a ser rey de Inglaterra; no sin antes aprender algunas lecciones que le hicieron ser un poquito menos zoquete, merluzo, melón, memo...

1556219

ISBN 978-84-143-3486-7



9 788414 334867